

En un lugar del Sahel de Nendo Dango

Mire su merced que aquellos alminares no son gigantes ni molinos sino mezquitas de barro y palos. Ay mi fiel escudero -replicó el ingenioso hidalgo- prescinde ya de protocolos literarios, que hace mucho que dejamos Toledo y nos dan por muertos. Que ya te previne que era menester vivir como loco para morir cuerdo. Así charlaban, con las barbas cubiertas del polvo rojo del harmatán, abatidos y maltrechos sobre sus flacos dromedarios antes de entrar en las calles frescas de Tombuctú.

Calumnias vinimos a combatir, desfaciendo agravios, amigo Sancho. Que bien sabemos, que ni Mungo Park ni Gordon ni Caillié descubrieron tierra alguna. Y más me irrita que nos confundan con Marlow y su escudero Kurtz, sin

acertar a distinguir escarificaciones de linajes andalusíes. Que todo esto, amigo fiel, ya lo tenían sufrido los nuestros hace mucho. Razón no le falta a mi señor, que se dejen ya de empujar con sus Burtons, Stanleys, Spekes, Livingstones y todos esos aficionadetes a Marco Polo que usurparon las hazañas de Ibn Batuta, de Ali Bey y del mismo Es-Saheli, leal al gran Mansa Musa. Mejores ínsulas mereció Yuri Gagarin que Herodoto, así se lo digo. Mucho tienes aprendido en estos cuatro siglos, hermano Sancho, que ya destapaste los disparates de la Historia amañada y mal contada. Y diciendo esto, se acercaron unas mujeres que, dándoles bienvenida, ofrecieronles el agua del extranjero.

Monstruos de Isidro Catela

La embarcación estaba llena, como la luna. Un puñado de hombres, arracimados, alguna mujer embarazada, niños; las palmas de las manos blancas y las pupilas de los ojos, rojas. Pasaban por ellas, bajo una luz nueva y crepitante, antílopes, hienas, una estampida de búfalos, todo el macizo de Ruwenzori. Las noches en el mar son así: eternas ondulaciones de la memoria, imágenes que nos mecen y azotan hasta abandonarnos como un plástico empapado en la orilla de otra vida.

Éramos treinta y nueve (cuarenta si contamos a la bestia). Enorme, verde, con los ojos como dos globos hinchados y la cola larga, que utilizábamos como remo. La encontré hace años en mi país, en las profundidades del lago, y nos hicimos amigos.

Anoche, cuando arreció la tormenta, también el animal se alzó valiente, guardó el fuego que el cuerpo le pedía, y achicó agua como el que más. Solo los dos permanecimos despiertos casi hasta el final. Le guiñé un ojo antes de caer rendido y, con complicidad, lanzó un bramido ronco y suave, como el que arrojaban al océano las sirenas de los antiguos faros en los días de niebla.

No, no está aquí. Le despedí con un abrazo al llegar a Tarifa. No es que a mi edad ya no deba frecuentar estas compañías, o que en Europa no haya necesidad de monstruos; es más bien que un buen dragón debe quedarse siempre en la patera. Seguro que en la próxima travesía, hay alguien que le necesita.

Kabwe de Plácido Romero

El escultor Kabwe sólo necesitó mirar unos instantes el trozo de madera antes de comenzar a tallarlo. Estuvo trabajando todo el día en él. Al caer la noche había acabado. A la mañana siguiente, Nyumi, la esposa de Kabwe, cambió la figura de madera por un poco de mijo.

Fue Tafika quien compró la estatua. Con ella hizo un presente a Misozi, el jefe de los chewa. Más tarde, Limpo, el hijo de Misozi, se la vendió a un soldado blanco a cambio de una botella de aguardiente.

Frederick Dogson se la compró al soldado Andrews por trece chelines. Unos meses después la olvidó en un hotel de Dar-es-Salaam. Allí la encontró Marcel Giroux, que la guardó en el fondo de una de sus maletas y no pensó más en ella.

No está claro cómo llegó la estatua de Kabwe a una tienda de curiosidades del Quartier Latin; quizá los herederos de Marcel Giroux la vendieron junto a todos sus muebles y libros. En aquella tienda, incluso cubierta de polvo como estaba, le llamó la atención a un artista bohemio, que la compró por dos francos. La llevó a su taller y la estuvo contemplando durante días. Finalmente la copió en un cuadro que le estaba costando terminar. La pintura, que tituló *Las señoritas de Aviñón*, acabó siendo comprada años después por un coleccionista que pagó por ella ciento cincuenta millones de dólares.

El escultor Kabwe, mientras tanto, ha comenzado a tallar otra figura de madera.